

Los veranos de mi infancia

De pequeño me encantaba ir cada verano a casa del abuelo Tomás. Cuando terminaba el cole, mi madre preparaba las maletas y dejaba nuestra casa cerrada durante todo el verano. Mi hermano mayor, Toni, y yo esperábamos con ansia la llegada del primer día de vacaciones que era cuando dejábamos Madrid para ir al pueblo.

Recuerdo perfectamente cómo el abuelo salía a buscarnos a la entrada de la parcela de la casa, abría la verja y nos estrujaba entre sus brazos mientras mi madre metía el destartado Renault 8 en el terreno. Cuando bajaba mi madre del coche, el abuelo siempre le decía: ¿Qué tal tesoro? y le daba dos sonoros besos. Tras esta cálida bienvenida, deshacíamos las maletas e íbamos a buscar a nuestros amigos mientras el abuelo y “*su tesoro*” se ponían al día.

Yo nunca tuve problemas para relacionarme con nadie, y mucho menos, con los chicos del pueblo. Lo pasábamos en grande jugando en la bolera, haciendo guerras de boñigas de vaca o escapándonos por las noches para ver las estrellas; sin embargo, a mí también me gustaba escaparme solo. Mi sitio favorito para disfrutar en soledad era un alejado pozo que nos enseñó el abuelo cuando yo tenía diez años. Éste se encontraba en un descampado situado a quince minutos de casa y donde antaño solían ir los niños a jugar. A Toni no le gustó nada aquel viejo pozo que ya no daba agua y que según él, olía tan mal: nunca más volvió. A mí, desde el principio, aquel lugar me pareció mágico y día tras día caminaba hasta allí para vivir aventuras que sólo yo creía conocer.

Una tarde a la hora de la siesta, mientras intentaba fabricar un sistema de polea con una cuerda y un listón de madera escuché una voz que procedía del pozo. Me asomé y no vi nada. Pasados unos minutos, cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, creí atisbar un brillo en el fondo del pozo. En ese instante volví a escuchar de nuevo la voz.

—Pablo, hace días que nos visitas y eres el único que lo hace. Necesitamos que nos ayudes.

—¿Quién eres y qué haces en el fondo del pozo?

—Por favor, necesitamos que nos traigas comida para crecer, somos muy pequeños y si no ingerimos nada en las próximas horas moriremos sin haber vivido apenas.

—¿Y qué os gusta comer?

—Tráenos agua y migas de pan. Eso será suficiente.

—Vale. Os ayudaré.

Recogí la cuerda y el listón de madera y caminé hacia casa mientras mi cabeza daba vueltas a lo que acababa de vivir. En un principio se lo quise contar al abuelo, pero pensé que no se lo tomaría en serio así que lo mantuve en secreto. Con la ayuda de unas cuantas herramientas que el abuelo guardaba en el cobertizo del jardín terminé el invento de la polea, y tras pasar por la cocina para coger unos chuscos de pan y una cantimplora, volví al pozo.

—Ya estoy aquí.

—Pablo, tíranos lo que hayas traído, por favor.

—No, primero os quiero ver. Voy a lanzar una cuerda con una madera para subiros. Si sois tan pequeños como decís, no me costará tirar de vosotros.

—Pablo, si nos ves, no querrás ayudarnos.

—¡Allá va! —dije mientras lanzaba el invento recién creado.

Comencé a tirar de la cuerda sin apenas hacer fuerza, y pronto tuve el listón de madera delante de mis ojos. Aquella voz que me había hablado pertenecía a una especie de masa o moco que me recordó a los dibujos de los anuncios de los anticatarrales cuando muestran a los espantosos virus. Eran dos “cosas” deformes, endebles, sin piernas, ni brazos, ni boca, ni ojos. No había visto algo tan horroroso en mi vida.

—Pablo, sabemos que somos muy feos, pero es que hemos nacido hace unos días y todavía no estamos desarrollados del todo. Nos hacen llamar los *Píar*, y nosotros dos somos los guardas de nuestro pueblo.

—Pero...¿qué sois, de dónde venís?

—Hace un par de semanas hubo una gran tormenta y llovió mucho, tanto, que el pozo se desbordó, y nosotros nos creamos a partir de esa agua mezclada con la hierba que ahora mismo pisas. No sabemos cuál será nuestra anatomía definitiva y de momento,

sólo sabemos que necesitamos comer para evolucionar a otro organismo más desarrollado.

—¿Y cuántos sois ahí abajo?

—Somos once *Píar*.

—Tomad estos trozos de pan, la cantimplora, y bajádselo a vuestros compañeros. Mañana regresaré a veros.

—Muchísimas gracias, Pablo.

Aquella noche no pude pegar ojo porque la imagen de aquellas dos formas me venía a la cabeza constantemente y me despertaba cada hora envuelto en sudor. Al levantarme pensé que lo soñado había sido una pesadilla, y por eso decidí volver al pozo. Al llegar, vi el sistema de la polea y me di cuenta de que aquello había sucedido y lo había vivido de verdad.

Durante unos minutos me quedé pensando si debía seguir ayudándoles o debía olvidarme de todo y regresar a la bolera a jugar con mis amigos. No fue una decisión fácil ya que mi cabeza me decía que todo aquello era muy raro, pero mi corazón no podía evitar sentir lástima por aquellos insignificantes seres.

—Si no les ayudo yo, ¿quién lo hará? —pensé.

Desde ese día, cada tarde acudía al pozo con comida y charlaba con los *Píar*. Era increíble ver cómo crecían y cambiaban día tras día; para el final del verano eran unos pequeños seres con ojos y boca que caminaban a saltitos. La verdad es que lo pasaba genial con ellos. Me contaban que en el fondo del pozo estaban montando sus propias casitas con las ramas, hojas y tierra que yo les daba. El abuelo me preguntaba qué hacía todas las tardes, y yo le contestaba que jugar solo, a mi rollo. Él me miraba con ternura, con ojos que decían: “Pablo, puedes contarme la verdad, yo te comprendo”, pero... ¿cómo iba a hablarle de los *Píar*? ¡No me creería!

Como siempre sucede, todo lo bueno tiene que acabar, y aquel verano también terminó. El día que fui a despedirme de los *Píar*, les llevé provisiones para todo el año y les dije que volvería el siguiente verano.

Pasados los nueve meses de colegio, volvimos al pueblo a ver al abuelo y me reencontré con mis amigos *Píar*. Habían crecido muchísimo y les había salido tres

piernas con las que se movían muy rápido. Ellos me dijeron que me habían echado de menos, que sin mí se sentían muy solos y abandonados. Al igual que el año anterior, cada tarde regresaba a donde ellos y hablábamos y jugábamos. Fue un verano genial y llegado el momento de la despedida, lloré, no quería dejarles solos, pero no tenía otra opción.

—Os veré el próximo verano—les dije.

Cuando terminó el curso y nos dieron las vacaciones, regresamos al pueblo, y como el año anterior, fui corriendo a reencontrarme con los *Píar*. Sin embargo, al llegar al descampado, no los vi, no estaban, habían desaparecido. La hierba de alrededor del pozo estaba seca y la tierra árida podía ser la causante de la desaparición de los *Píar*. Quizás la falta de lluvia de la primavera les había obligado a migrar a otro lugar.

Con lágrimas en los ojos salí a buscar al abuelo.

—Abuelo, ¿qué has hecho en el pozo?, ¿qué ha pasado? ¡Han desaparecido!

—Pablo, cariño, yo no he hecho nada, has sido tú. Has crecido y te has hecho mayor.